

El etnocentrismo de los bárbaros

Matías Federico Catania
Universidad Nacional de Quilmes

Resumen

Es motivo de este escrito analizar el impacto que tuvieron los sucesos históricos que marcan el principio de la modernidad, en el ensayo de Michel de Montaigne, denominado "*De los caníbales*", en el cual se reflejan las críticas del hombre moderno a su tradición y, principalmente, al *etnocentrismo* reinante entre sus contemporáneos. Se destacará que el mismo resulta de gran influencia dentro de la obra de Descartes, quien es generalmente señalado como el padre de la filosofía moderna, dada la radicalización de esta actitud revisionista de los criterios gnoseológicos. En "*De los caníbales*", de Montaigne, expone sus impresiones sobre los comentarios que coetáneos suyos realizan en relación a distintos contactos que han tenido (o no) con las tribus indígenas presentes en las tierras descubiertas recientemente.

Palabras clave: Etnocentrismo-Bárbaros-Costumbres-Modernidad-Racionalidad

Summary

This paper analyses the impact of the historical events that mark the beginning of modernity, in Michel de Montaigne's essay "Of Cannibals", which reflects modern man's criticism of his tradition and, mainly, of the prevailing ethnocentrism among his contemporaries. It should be noted that it is of great influence within the work of Descartes, who is generally pointed out as the father of modern philosophy, given the radicalization of this revisionist attitude of the gnoseological criteria. In "De los canníbales" he explains his impressions about the comments that his contemporaries make in relation to the different contacts they have had (or not) with the indigenous tribes present in the recently discovered lands.

Keywords: Ethnocentrism-Barbarous-Practices-Modernity-Rationality.

La filosofía moderna marca un quiebre con una línea de pensamiento que se desarrolló desde los principios del lenguaje humano, pasando por el auge de la filosofía antigua griega, hasta su monopolización en la filosofía medieval, dominada por el pensamiento teológico, principalmente monoteísta. Esta tradición filosófica, estimulada por los lectores de los filósofos que devinieron *tradicionales*, encuentra en el *espíritu moderno* una necesidad de revisión de las bases estructurales que la sostienen. Estos hombres de la nueva era se van a preguntar, entre tantas cuestiones, por los fundamentos del saber.

¿Cuáles son los motivos para replantearse los conocimientos adquiridos por la tradición imperante? Si sostenemos, de acuerdo a las convenciones históricamente aceptadas, que *la modernidad* comienza en 1453 con la caída de Constantinopla o en 1492 con el descubrimiento de América, no podemos dejar de notar la importancia que pudieron tener dichos acontecimientos en la situación política del mundo conocido por occidente, y conjuntamente, la influencia en el pensamiento de aquellos europeos.

La época medieval se caracterizaba por intentar detener la historia, es decir contenerla y dirigirla hacia un rumbo fijo, prestablecido por las revelaciones divinas. Pero con estos hechos la historia devenía incontenible: lo nuevo siempre colisiona con lo viejo. La tradición imperante se establece mediante la lucha con otras tradiciones que quedan relegadas al olvido. La religión europea dominante, durante la época medieval, se estableció y mantuvo por medio de incontables guerras internas y externas, con un saldo humano incalculable. El descubrimiento de nuevas tierras en un mundo que parecía cerrado, abre la posibilidad de conocer otras culturas, con valores y conocimientos distintos a los del hombre medieval occidental europeo, que aún no han sido *contaminadas*.

Es motivo de este escrito analizar el impacto de estas situaciones en el ensayo de Michel de Montaigne, denominado "*De los caníbales*", en el cual se refleja las críticas del hombre moderno a su tradición, y principalmente al *etnocentrismo* reinante entre sus conterráneos. Concluyendo que el mismo resulta de gran influencia dentro de la obra de Descartes, quien es generalmente señalado como el padre de la filosofía moderna, dada la radicalización de esta actitud revisionista de los criterios gnoseológicos:

Así, pues, ahora que mi espíritu está libre de todo cuidado, habiéndome procurado reposo seguro en una apacible soledad, me aplicaré seriamente y con libertad a destruir en general todos mis antiguas opiniones. (René Descartes, 1977, pág. 17)

En "*De los caníbales*", de Montaigne, expone sus impresiones sobre los comentarios que coetáneos suyos realizan en relación a distintos contactos que han tenido (o no) con las tribus indígenas presentes en las tierras descubiertas recientemente (Michel nace en Francia en 1533). Este nuevo mundo presenta un conjunto de *seudohumanos* con costumbres que no encajan dentro de lo normalmente aceptado por la cultura del hombre europeo de finales del siglo XV. Una de las tradiciones que más asombraba a los occidentales era la de comer carne humana, situación de carácter salvaje por antonomasia. Es gracias a estos hechos que calificaban para el mote de "*barbaros*". Pero, para nuestro escritor, "nada bárbaro o salvaje hay en aquella nación, sino que cada cual considera bárbaro lo que no pertenece a sus costumbres." (Montaigne, 1997, pág. 267)

Comienza nuestro autor con la siguiente frase:

Cuando el rey Pirro pasó a Italia, después de observar el orden del ejército que los romanos enviaban contra él, dijo: No sé qué bárbaros serán éstos (pues los griegos llamaban así a todas las naciones extranjeras) más la disposición de este ejército que estoy viendo, no es bárbara en absoluto (Montaigne, 1997, pág. 263).

Esta situación particular sirve de ejemplo para comenzar a poner en duda el calificativo de “bárbaro” impuesto hacia lo desconocido, o incluso demuestra el carácter despectivo que atribuye el hombre europeo a lo no europeizado. El rey Pirro del relato, seguramente habrá creído que su paso hacia esas tierras no podría encontrar mayores inconvenientes, dada la confianza en su docto liderazgo y principalmente la capacidad estratégica de su ejército, que no era una simple conjunción de fuerza bruta sino un conjunto de seres civilizados. Pero, al enfrentarse al enemigo, diese cuenta que éste tampoco era tan bruto como imaginaba con anterioridad a su encuentro. Con esto, el francés, nos “propone ver como hemos de guardarnos de aceptar las opiniones vulgares y cómo hemos de juzgarlas según la razón y no según la voz pública” (Montaigne, 1997, pág. 263) Puede darse el caso en que la opinión pública dictamine que los contrincantes sean barbaros, antes de conocerlos, solo por el hecho de no ser griegos, pero quien se guía por la razón debe evitar estos *prejuicios*, para entonces analizar sus movimientos de batalla, comprender la dificultad que presentan y finalmente decidir la estrategia adecuada. Este llamado a cuidarse de los prejuicios no va acompañar solo la obra de *De Montaigne*, sino a todo *el espíritu moderno*¹. Los *prejuicios* son aquellos juicios que formulamos sobre un tema específico antes de realizar un análisis racional del mismo, por lo cual no se fundan en la razón, sino en la opinión o en la creencia. Es necesario evitar tener por definitivas estas “opiniones vulgares”, para no condicionar el conocimiento sobre aquello que pretendemos conocer. Esto no quiere decir que todo prejuicio sea errado, sino que no todos resultan ciertos, por ello una actitud preventiva resulta la adecuada.

Resulta curiosa la diferenciación que realiza el autor entre dos actitudes a tener cuenta cuando se oye un relato, la cual se enmarca dentro de la intención de descubrir que hay de cierto en los dichos de otros. Va a afirmar que, por un lado, un hombre creíble debería presentar características similares a quien a su lado encontrase alguna vez: Este hombre que junto a mí estaba, era hombre sencillo y tosco, condición propia para dar testimonio verdadero; [...] Es preciso un hombre muy fiel o tan sencillo que no tenga con qué construir o dar verosimilitud a falsos inventos y que con nada se haya casado. (Montaigne, 1997: 267.) Mientras que, por otro lado, debe prestarse especial cuidado a las

¹ Ejemplos de tal influencia pueden encontrarse tanto en la *Meditaciones Metafísicas* como en el *Discurso del Método* de Descartes, así como en los escritos críticos de Kant.

narraciones del tipo de hombre que reúne las cualidades de lo que denomina como *gente refinada*:

[...] pues las gentes refinadas se fijan con más agudeza y mejor en las cosas, más las glosan; y para hacer valer su interpretación y persuadir de ella, no pueden dejar de alterar algo la historia; jamás os describen las cosas en su estado puro, las tuercen y disfrazan según el aspecto que les han visto y para dar crédito a su idea y atraeros a ella, adaptan en ese sentido la materia, alargándola y ampliándola. (Montaigne, 1997: 267.)

Puede notarse en esta caracterización la desconfianza latente que sostenía el autor para con sus coterráneos, los cuales creía que en afán de deslumbrar con el mejor relato olvidaban la importancia de adecuarse a lo que sabían en verdad sobre aquello que referían. Y más aún, se evidencia la necesidad de desarticular lo que pueda tomarse por cierto del mismo. Ve en este intento de maquillar la verdad una pretensión de sabiduría universal que lleva a la precipitación de explicar lo desconocido desde lo conocido, lo cual carga en muchos casos con consecuentes errores de criterio, cuna de los prejuicios que pretende esquivar:

Me gustaría que cada uno escribiese sobre lo que sabe y cuanto sabe, no sólo en esto sino en cualquier otro tema: pues uno puede tener algún especial conocimiento o experiencia sobre la naturaleza de un río o de una fuente y no saber del resto más que lo que saben los demás. Decidirá, sin embargo, escribir la física entera para publicar ese pequeño retazo. De este vicio nacen muchos y grandes perjuicios. (Montaigne, 1997: 267.)

Esta convicción de evitar los prejuicios para poder formular un juicio correcto sobre la realidad, sirve no solo para comprender lo nuevo, sino para revalorizar lo anterior. *De Montaigne*, va a introducir lo que posteriormente se denomina como criterio etnocentrista, al cual rechaza dado que es uno de los mayores prejuicios que un hombre puede sostener. Quizás sea el *prejuicio etnocéntrico*, el más radicalizado de todos. Ser *etnocentrista* es pretender ser dueño de la *opinión correcta* o la *cultura civilizada por excelencia*, por el solo hecho de pertenecer a una etnia determinada, rachando de raíz cualquier valoración extranjera: “Ciertamente parece que no tenemos más punto de vista sobre la verdad y la razón que el modelo y la idea de las opiniones y usos del país en el que estamos. Allí está siempre la religión perfecta, el gobierno perfecto, la práctica perfecta y acabada de todo” (Michel de Montaigne, 1997: 267)

Es la tradición de una nación la que dicta las normas del desarrollo de esta última, transmitida por el *statu quo*, en función de mantener una estructura sistemática que fomenta el mantenimiento de la misma, volviéndola impermeable a aquello que le resulta contradictorio. En este sentido se sostendrá que si analizamos las costumbres de las tribus americanas desde el monóculo europeo, seguramente, como a los griegos de la época de Pirro, aquello que no se ajuste a su foco será desprestigiado.

Debemos replantearnos aquellos conceptos tan interiorizados que determinan a lo distinto como diferente, lo diferente como contrario, y lo contrario como erróneo. Utilizar calificativos negativos, tales como *bárbaro* o *salvaje*, sobre aquello que no comprendemos o desconocemos, solo permite encasillarnos en una visión que encaje con lo que pretendemos ver. La pregunta que va a dejar a entrever el autor, es si juzgamos de igual manera nuestras acciones, como juzgamos las del otro, o si somos tan tajantes en el análisis moral de otras naciones como cuando debemos analizar las nuestras. ¿Qué tienen de salvaje los salvajes? ¿Qué tienen de bárbaros los bárbaros? Y, sucesivamente ¿Qué tienen de civilizados los civilizados?

No me apena que comprobemos el bárbaro horror de tal acción más sí que nos ceguemos ante nuestras faltas sin dejar de juzgar las suyas. Estimo que hay mayor barbarie en el hecho de comer un hombre vivo que en comerlo muerto, en desgarrar con torturas y tormentos un cuerpo sensible aún, asarlo poco a poco, dárselo a los perros y a los cerdos para que lo muerdan y despedacen (cosa que no sólo hemos leído sino también visto recientemente, no entre viejos enemigos sino entre vecinos y conciudadanos y lo que es peor, so pretexto de piedad y religión), que asarlo y comerlo después de muerto. (Montaigne, 1997: 272.)

Previamente a realizar dicho postulado, se explica que la práctica canibal de las tribus americanas tenía un trasfondo fundado en las tradiciones propias de su cultura y no respondía únicamente al salvajismo inhumano que, se pensaba, ultrajaba el sagrado cuerpo humano. Dichas prácticas no eran moralmente inferiores a las conocidas en Europa durante tiempos de guerra y fuera de ella, o incluso eran más piadosas. Conocidas son las penas a las cuales eran sometidos los herejes en nombre de Dios, por las diversas religiones, o los traidores a la patria, por los estados europeos. ¿Por qué condenar unas y no las otras? ¿Quizás porque unas son propias y otras ajenas? Conocemos las justificaciones hacia nuestros actos, pero las fundamentaciones ajenas no son, en principio, desconocidas. Tampoco vamos a creer que el canibalismo es un invento americano, del cual la historia europea está exenta (Y todavía el devenir de la historia no revelaba lo que los civilizados estaban por propiciarles a los salvajes).

Como hemos señalado anteriormente, los prejuicios son consecuencia de la falta de análisis racional de las opiniones que se tienen por válidas. Es la razón la que va a auxiliar al hombre en la adquisición de juicios ciertos, evitando el engaño. Y es el criterio racional el único capaz de guiar al conocimiento hacia la verdad. La razón se alza como la capacidad del sujeto prudente que busca el correcto camino hacia el discernimiento de lo real. En así que, en lo correspondiente a los habitantes del mundo nuevo descubierto, “bien podemos por lo tanto llamarlos bárbaros si consideramos las normas de la razón mas no si nos consideramos a nosotros mismos que los superamos en toda clase de barbarie” (Montaigne, 1997: 273).

Si juzgamos la barbarie desde la posición etnocentrista, esta pierde su cualidad racional, dado que aquello que por un lado condenamos como bárbaro, por otro lo justificamos, apelando a cuestiones de índole racionalmente contradictorias, pero totalmente válidas en el encuadre tradicional de las costumbres europeas. Hemos de notar que la barbaridad americana, justificada racionalmente, nos lleva a replantear el concepto mismo *de barbarie y, por ende, de civilización*. O, al menos, ver la barbarie del europeo. Es la razón, entonces, la piedra de toque adecuada para cualquier análisis. Y ante los juicios de la razón, el etnocentrismo comienza por resquebrajarse. La visión condescendiente del europeo hacia sí mismo comienza a desmoronarse:

Sin mentir, comparados con nosotros, he aquí a unos hombres bien salvajes; pues verdaderamente, o bien lo son ellos o bien lo somos nosotros; extraordinaria es la distancia que hay entre su comportamiento y el nuestro (Montaigne, 1997: 263)

De Montaigne, culmina su ensayo relatándonos un encuentro con tres nativos americanos (Rey y traductor incompetente por medio, según lo que señala) quienes se encontraban en Europa. Previamente, señalase que seguramente estos ignoraban las penurias que probablemente se hayan iniciado para sus tierras, ya que se presentaban voluntaria y sospechosamente en esos lares. Espíritu pesimista en consideración de aquello que su tradición podría aportar al nuevo mundo (el lector juzgara que tan errado estaba). Destaca, entonces, dos apreciaciones de estos americanos sobre las costumbres europeas que pudieron visualizar: en primera instancia, señalan que les resulta irrisorio que hombres grandes y fuertes, barbados y armados, se sometieran y obedecieran a un niño, en lugar de elegir mejor a alguno de ellos para mandar; en segundo lugar, que habían observado que había hombres ricos y colmados de toda suerte de comodidades mientras sus mitades mendigaban a sus puerta (Montaigne, 1997: 278).

Analicemos cada una de estas afirmaciones. La primera, se presenta como una clara crítica a los fundamentos de los reinos, los cuales se acostumbraban a heredar por argumentos sanguinosos o designios divinos. El texto hace referencia al rey Carlos IX, quien nació en 1550, y el encuentro se estima sucedió en 1562, por lo tanto este tenía solo 12 años de edad. Quedará a juicio del lector establecer que actitud resulta más racional al momento de determinar el mando de una nación. ¿Quiénes son los bárbaros? La segunda apreciación, más desgarradora aún, se pregunta por la desigualdad latente en el contraste estamental de la realidad económica europea. Para los salvajes, los miembros de su tribu eran sus hermanos y los definían como sus *mitades*, porque eran parte de un mismo organismo que solo funcionaba en conjunto, eran ellos mismos. Mientras que para el hombre europeo había distintos tipos de hombres, y muchos no se inmutaban ante la miseria del prójimo. ¿Quién es el salvaje? Incluso era esta situación aceptada por los que tantas penurias sufrían, naturalizándola, cuando en verdad, la simpleza natural del nativo indica que el bienestar de uno se funda en el bienestar

del otro, y la alteración de este equilibrio conlleva consecuencias nefastas para ambos. El único beneficio que se obtenía por ser respetado en la comunidad indoamericana era el de ser el primero en dar la vida por los suyos, el primero en marchar a la guerra. Actitud discordante con la adoptada por los reyes y generales de los grandes reinos europeos, quienes se resguardan en la muerte de los integrantes de su ejército.

Demostrando, sin quererlo, lo difícil que resulta escapar de los prejuicios y de la mirada etnocentrista, *de Montaigne*, realiza una descripción casi sátira de los salvajes americanos. Puede notarse una cierta idealización del nativo como ser que vive completamente en armonía con la naturaleza, por momentos sin ningún tipo de moral y, por ende, sin pretensiones deshonestas, ambiciosas o individualistas:

Es una nación, diríale yo a Platón, donde no existe ningún tipo de comercio, ningún conocimiento de las letras; ninguna ciencia de los números; ningún nombre de magistrado ni de cargo político; ninguna costumbre de vasallaje, de riqueza o de pobreza; ningún contrato; ninguna sucesión; ningún reparto; ninguna ocupación que no sea ociosa; ningún respeto de parentesco que no sea común; ninguna ropa; ninguna agricultura; ningún metal; ningún uso del vino o del trigo. Incluso las palabras que significan mentira, traición, disimulo, avaricia, envidia, detracción, perdón, ¡son inauditas! (Montaigne, 1997: 269).

Los presenta como seres sin organización alguna, ya sea social o política, totalmente leales, sin vicios, sin acciones desmedidas y fieles a todo instinto natural. Sin embargo, analistas posteriores especializados, a los cuales, por razones obvias, no pudo acceder nuestro autor, nos muestran una realidad distinta. Estas tribus americanas contaban con organizaciones sociales y políticas complejas, y motivaciones típicas de cualquier humano. De igual manera, esto no desmiente al francés, ya que es evidente que el grado de *civilización* de estas tribus no comprometía el normal desarrollo de la naturaleza, como lo hicieron ya los europeos de aquella época. Así como no cambia el hecho de que tenían una vida más simple basada en una armonía natural.

Este análisis sobre los caníbales le permitió al autor realizar una introspección crítica sobre los prejuicios que el mismo poseía. También, en el contraste entre la cultura del europeo y la del indígena americano, pudo enunciar bastas críticas a la tradición de su época, entre la que destaca la crítica al prejuicio etnocéntrico, que establece que el hombre europeo considera bárbaro todo aquello que no coincide con sus costumbres o no pertenece a su cultura. Este sujeto europeo se jacta de su carácter etnocéntrico y se considera poseedor de la razón e inteligencia absoluta, cuando en realidad solo responde a los puntos de vista, usos y opiniones de la comunidad a la cual pertenece. En este marco, se juzga como bárbaro lo distinto, apelando a la razón como absoluta, pero de manera hipócrita no utiliza la misma medida para analizarse a sí mismo, lo cual lo sume en una contradicción que evidencia su arbitrariedad e irracionalidad.

En principio, dentro las críticas a la sociedad europea² destacan: el estilo de vida de las grandes ciudades, que atentaban ya contra la naturaleza de forma desmedida; la adoración de cosas materiales y valores superfluos; las guerras fundadas en cuestiones religiosas y las virtudes que preponderan los combatientes; los criterios del mandato que no se basan en la fortaleza física, ni en conocimientos o experiencia; y por último, se evidencia la marcada existencia de desigualdad económica entre los hombres de una misma comunidad. Situaciones que bajo la luz de la razón no resultan nada racionales.

Por último, debemos destacar que es evidente la posible influencia que tuvo *De Montaigne* en el pensamiento cartesiano. Descartes, en sintonía, buscaba liberarse de la influencia de los prejuicios basados en la tradición y transmitidos por la cultura, lo cual está latente al intentar encontrar verdades indubitables a las cuales solo es posible acceder mediante el uso de la razón sin los vicios de la opinión o del dogmatismo:

He advertido hace ya algún tiempo que, desde mi más temprana edad, había admitido como verdaderas muchas opiniones falsas, y que lo edificado después sobre cimientos tan poco sólidos tenía que ser por fuerza muy dudoso e incierto; de suerte que me era preciso emprender seriamente, una vez en la vida, la tarea de deshacerme de todas las opiniones a las que hasta entonces había dado crédito, y empezar todo de nuevo desde los fundamentos, si quería establecer algo firme y constante en las ciencias. (Descartes, 1977:17.)

Referencias Bibliográficas

DESCARTES, R. (1977), "Meditaciones Metafísicas", Madrid, Ediciones Alfaguara.

DE MONTAIGNE, M. (1997), "Ensayos I", Barcelona, Editorial Altaya.

² Queremos destacar una concepción sobre la naturaleza muy distinta a la sostenida por el pensamiento medieval, que responde a una consideración antropológica. Durante la edad media se consideraba al hombre como el centro de la creación, por lo tanto la naturaleza estaba a su merced: el dios había creado la tierra para que el humano se sirva de ella. Sin embargo, de Montaigne, va a sostener que *no hay razón para que lo artificial supere a nuestra grande y poderosa madre naturaleza*. En una nueva crítica dirigida hacia la Europa del siglo XV, nos preguntamos ¿Por qué la creación humana se considera mejor que la creación divina? Y si lo divino es símbolo de perfección ¿por qué tildar de salvaje a aquel que vive de acuerdo a lo natural? Se introduce un cuestionamiento a las prácticas sociales europeas, que fomentan una especie de adoración de lo artificial. Es sabido que de Montaigne, siendo cristiano, intento adoptar una actitud mediadora en el conflicto entre católicos y protestantes, que gira entorno a quien es la autoridad competente para recibir la palabra de Dios. Los primeros sostendrán que el mensaje divino solo puede ser apreciado por los doctos de la fe, mientras que los luteranos afirmarán que es un camino individual sin mediadores privilegiados. En el texto que analizamos podemos encontrar quizás un vestigio de su pensamiento: "Mas a esos otros que vienen jactándose de la infalibilidad de una facultad extraordinaria que está fuera de nuestro conocimiento, ¿acaso no se les ha de castigar por no cumplir sus promesas y por la temeridad de su impostura?".